

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -
Meditaciones acerca del Sal. 119:81-96 (parte 6)
(12 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



**La Palabra de Dios – fuente de vida abundante -
Meditaciones acerca del Sal. 119:81-96 (parte 6)
(12 días)**

Día 1

Sal. 119:81-88; 42:1-3

Apasionadamente y con expectativa anhelante el salmista derrama su corazón ante Dios: “Desfallece mi alma por tu salvación”. Se asemeja al grito vehemente del ciervo sediento, del que se describe en el Sal. 42. Esta es la situación del salmista. Su anhelo por ayuda había llegado al colmo.

Sus enemigos lo atacan tremendamente. Ellos lo persiguen con mentiras. Con su impertinencia desprecian a Dios y a Sus mandamientos. A propósito quieren hacerle daño y le ponen una trampa. A pesar de todas las adversidades el salmista se aferra a las promesas de Dios. Esta posición declara con las palabras siguientes: “Yo espero en tu palabra”. Él confía en lo que Dios dijo: “Porque recta es la palabra de Jehová, y toda su obra es hecha con fidelidad” (Sal. 33:4; lea Ro. 4:21; He. 6:18; 11:11).

Es un tremendo consuelo darnos cuenta al leer la Biblia, que Dios sigue teniendo el control de todo el mundo como también de nuestra pequeña vida. Nada depende de la casualidad, aunque las preguntas acerca del “por qué” o “cuánto tiempo” nos preocupen. Dios mismo nos alienta, diciendo: “¡No temas!” Pase lo que pase, puedes confiar: “Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desampará, ... no temas ni te intimides” (Dt. 31:6-8).

La promesa de la fidelidad de Dios permanece también firme en el futuro. “Tu palabra es verdadera y no engaña, tú cumples lo que has prometido, tanto en la vida como en la muerte. Tú eres mío y yo soy tuyo, a ti me he entregado” (Johannes Eccard).

Día 2

Sal. 119:81.82; Col. 2:6.7

Estar arraigado profundamente en la Palabra de Dios nos da el sostén necesario en tiempos de crisis. El fundamento sólido de nuestra fe, basado en las Sagradas Escrituras, nos hace insobornables en conflictos y nos muestra salidas viables en callejones peligrosos. Si estamos arraigados profundamente en Jesús, entonces tenemos una paz y un gozo incomparables que aguantan las tormentas de la vida. Para esto es importante tomarse tiempo de quietud y leer atentamente la Palabra de Dios. Lo leído nos puede guiar en nuestra oración, que de este modo será renovado continuamente, y nos lleva a la adoración.

Para crecer espiritualmente debemos desarrollar un sistema de raíces que nos lleven más profundamente a la comunión con Jesús. Él es la fuente de poder para nuestro camino del discipulado.

Los hijos de Coré describen en el Sal. 84 como su vida se enriquecía por la comunión con Dios, como fueron animados con valor, esperanza y nuevas fuerzas aun en tiempos de sequía tremenda.

Lea usted este salmo lentamente y con voz audible. Imagínese los cuadros que el salmista “dibuja”. Así Dios puede encontrarse con usted y hablarle a su corazón.

También David describe su anhelo por Dios: “Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré. Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, en tierra seca y árida donde no hay aguas” (Sal. 63:1). David describe aquí tres variantes de su entorno enemigo. ¿Cómo

actúa? Él dirige su mirada a Dios y describe por medio de un cuadro su íntima relación con su Dios: “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido”. (Lea Sal. 63:1-8.)

Día 3

Sal. 119:81-84; 116:1-7

El salmista expresa su profundo anhelo por Dios, diciendo: “Desfallecieron mis ojos por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás?”

Hace poco una maestra intentaba consolar a una madre, diciendo: “Vea señora, yo miro a mis alumnos a los ojos. Entonces sé exactamente cómo está cada uno de ellos”.

Dios también nos mira a los ojos y ve cómo estamos. Quizás estamos en la misma situación que el salmista. Parece ser que él había llegado al “punto cero”. Agotado de esperar la intervención de Dios. “Le arden los ojos, porque mira con tanta atención la prueba de la presencia de Dios” (W. Wiersbe).

Con un profundo suspiro el salmista busca consuelo junto a su Dios: “¿Cuándo me consolarás?” Ninguno de nosotros tendrá una vida sin sufrimientos y aflicciones, pero por eso no debemos desesperarnos.

El profeta Isaías se encontraba en una situación muy crítica, pues debía anunciar al rey Ezequías su inminente muerte. Este se presenta al Señor con oración y ruegos, y experimenta la intervención sanadora de Dios. En su canción de agradecimiento dice: “He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi vida del hoyo de corrupción”. (Lea Is. 38:1-20.)

Pablo nos dice que Dios quiere consolarnos en las tribulaciones de la vida, pues Él es: “Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones”. Entonces también nosotros podemos ser consoladores, porque Pablo continúa diciendo: “... para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2.Co. 1:3.4). Aquel que experimentó el consuelo de Dios, también puede consolar a otros.

Día 4

Sal. 119:83-85; 123:3.4

El salmista se siente como un odre inútil, viejo y gastado. Para expresar su situación elige un cuadro inusual, un odre ennegrecido por el humo. Este ya no sirve para nada y solo se le puede echar a la basura. Sin embargo, el salmista no pierde la esperanza. El punto cero en su vida es el punto de salida a una nueva confianza. Como ya lo había hecho en el versículo 81 lo hace también en el 83, poniendo un freno a los pensamientos de resignación: “No he olvidado tus estatutos”.

Muchas personas de edad avanzada llegan a preguntarse: ¿Para qué sirvo todavía? Su autovaloración, que dependía de sus actividades laborales, se está desvaneciendo. La aprobación en la sociedad poco a poco está decayendo. Entonces, aparece la pregunta: ¿qué vale realmente en la vida? Tanto las circunstancias personales como sociales son deprimentes.

El profeta Miqueas experimenta también épocas muy problemáticas. Sin embargo, ni se encierra en lamentaciones ni en autocompasión, sino que busca orientación en Dios: “Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación”. Miqueas tiene una perspectiva para su vida. Cuanto más es atacado personalmente por los enemigos, él les responde: “Tú,

enemiga mía, no te alegres de mí, porque aunque caí, me levantaré; aunque more en tinieblas, Jehová será mi luz”.

Aunque nos sintamos muy solos también por razones de nuestra fe, delante de nosotros hay luz: Es el Dios viviente, el Señor tiene el control sobre la vida y la muerte. Esto nos trae ánimo y esperanza. (Lea Mi. 7:1-8.)

Día 5

Sal. 119:84.85; 13:1-6

De nuevo el salmista se dirige a Dios, preguntando: “¿Cuántos son los días de espera de tu siervo?” El tiempo de espera le parece insoportable, la tensión es demasiado grande. Es como el grito de un afligido. ¿Puede ser que la situación tan apremiante le haya tapado la mirada a Dios y a Su poder?

David experimentaba también algo así. En el Sal. 13 expresa cuatro veces la misma pregunta: “¿Hasta cuándo, Jehová?” “¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?” Él está muy desanimado, completamente agotado se pregunta si Dios lo habrá olvidado. ¿Habrás quitado su palabra de mí? ¿No ve mi tremendo problema? “Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?” David sufre bajo la impresión que Dios se alejó de él. (Lea Sal. 6:1-4; 10:1.12-14; 90:15-17.)

De la misma manera Job anhela el tiempo cuando podía sentir la presencia de Dios muy cerca de él: “¡Quién me volviese como en los meses pasados, como en los días en que Dios me guardaba, cuando hacía resplandecer sobre mi cabeza su lámpara, a cuya luz yo caminaba en la oscuridad; como fui en los días de mi juventud, cuando el favor de Dios velaba sobre mi tienda; cuando aún estaba conmigo el Omnipotente” (Job 29:2-5)!

La pregunta por la intervención de Dios cuando uno se encuentra en un callejón sin salida, o cuando las preocupaciones nos agobian cada día, es muy comprensible. Aunque en el momento no vemos una solución, podemos repetir con el poeta: “Nadie quedará descuidado, el que espera en Dios. ¿Seré yo el primero quien sea avergonzado? No, esto es imposible, porque tú, Señor eres fiel. Antes caería el cielo que me engañaría tu Palabra” (G. Knak).

Día 6

Sal. 119:84-88

“¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?” El salmista se ve atacado por hombres arrogantes. A ellos no les importa para nada los mandamientos de Dios. Ellos se muestran atrevidos y orgullosos y desparraman mentiras. Ellos le ponen a propósito trampas a aquel que sigue fielmente a Dios y confía en Él.

Bien conocido es: “El que cava hoyo para otro, él mismo cae en él”. Quiere decir cuando alguien hace sufrir a otro, tiene que saber que esto cae sobre él por el efecto bumerán. La presión sobre el salmista debe haber sido muy fuerte, al decir: “Casi me han echado por tierra.”

También los profetas pasaron tiempos muy difíciles. Al profeta Jeremías, por ejemplo, lo echaron en una cisterna llena de barro. Sus enemigos querían que allí por fin se callara, y muriera de hambre y de sed.

Sin embargo: “Los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2.Cr. 16:9; comp. Jer. 38:7-13).

Pensemos también en Juan el Bautista, o en Esteban, Pedro, Pablo, Silas y los demás testigos en el Nuevo Testamento, cuya relación con Jesús valía mucho más que sus propias vidas. También ellos habían tomado la firme decisión: “No he dejado tus mandamientos” (v.87). Por esta comunión íntima con Jesús, por su amor y agradecimiento por Su obra redentora en el Gólgota, por el perdón de sus pecados, ellos podían y querían seguir en este camino.

También en nuestros días debemos aferrarnos a esta realidad: “Aunque nuestro Padre celestial guía a sus hijos al horno de la aflicción, Su mirada tiene en cuenta el reloj y Su mano está puesta en el termostato. Él sabe exactamente cuánto puede esperar de nosotros y por cuánto tiempo” (W. Wiersbe).

Día 7

Sal. 119:89-96; Lc. 21:33

Como prelude a un acto festivo suenan estas palabras del salmista: “Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos”. En la creación del mundo Dios actúa por medio de Su Palabra de vida. Muchas veces al finalizar una parte de la creación, se dice: “y fue así” (Gn. 1:7.9.11.15.24.30). La Palabra de Dios está llena de vida y poder. Por eso en muchos países del mundo la Biblia es un libro temido y prohibido. Tener una Biblia propia puede costar la vida. ¿Cuánto valor damos nosotros a la Palabra de Dios?

Eva von Tiele-Winkler describe los efectos de la Palabra de Dios en su propia vida de la siguiente manera: “La Palabra es un martillo que destruye las rocas; es un viento huracanado, que arranca las hojas de los árboles; una llama que arde y quema; es una flecha que toca el corazón; es un bálsamo que tranquiliza el dolor.

Es una luz en el valle oscuro, un rayo luminoso del sol; la Palabra es como una pradera verde; es el maná, como un rocío del cielo; para corazones secos como una lluvia que alivia; una luz en el camino.

Para el hambriento es la comida que fortalece; para el caminante un apoyo en su viaje. Para el sediento es la bebida vivificadora y para el contento canción y alabanza; un fuerte consuelo para el alma entristecida; es riqueza para el pobre. Ante esta Palabra tiembla el infierno, pues dicho más corto: La Palabra es vida y da vida, abarca grandes tesoros. Y aunque el cielo y la tierra pasen, su Palabra no nunca pasará”.

Día 8

Sal. 119:89-91; Mt. 24:35

El salmista pone toda su esperanza en la Palabra de Dios que no avergüenza nunca a nadie. Para afirmar en su interior la fiabilidad en esta palabra aun más, la compara con el revelado poder de Dios en la creación. Las dimensiones del cosmos con sus procesos precisos le demuestran la grandeza de Dios. Las palabras de este genial Dios Creador con Su poder dinámico ya le aconsejaron al salmista muchas veces en forma excelente. A Él se aferra, cuando Satanás lo ataca con su astucia. El enemigo de Dios ya en el paraíso sembraba dudas en el corazón de Eva: “¿Conque Dios os ha dicho ...?” (Gn. 3:1ss).

A tales ataques el salmista contrapone sus propias experiencias: “Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata”; “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca”; “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”. “Sumamente pura es tu palabra, y la ama tu siervo”. “Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos

despojos". (Sal. 119:72.103.105.140.162).

También el Señor Jesús contestaba a los ataques satánicos contra Su persona y contra Su obra redentora con palabras de las Escrituras: "Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, más de todo lo que sale de la boca de Jehová vivirá el hombre" (Dt. 8:3). Finalmente, después de tres intentos, Satanás lo dejó, porque Jesús lo enfrentó con la poderosa Palabra de Dios. (Lea Mt. 4:1-11.)

El apóstol Pablo aconseja a la iglesia en Colosas: "La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales" (Col. 3:16). Si nosotros le damos lugar a la Palabra de Dios, ganamos un tesoro incalculable para nuestra vida diaria.

Día 9

Sal. 119:89-91; 1:2

En la galería nacional en Stuttgart (Alemania) se expone un impresionante cuadro del artista Rembrandt que presenta al anciano apóstol Pablo. Delante de sí el apresado apóstol tiene la Sagrada Escritura. Pero su mirada pensativa se dirige a lo lejos. Como los piadosos israelitas meditaban día y noche en la Palabra de Dios, Pablo piensa en las palabras de Jesús.

El prelado Rolf Scheffbuch dijo en un discurso: "Hace poco tiempo comencé a descubrir la Palabra de Cristo de una manera como nunca antes. Como los monjes de la antigüedad me anoto en un librito las palabras de Jesucristo de los evangelios, que tienen comillas. En esto estoy muy admirado. Las conocidas palabras de Cristo, llenas de énfasis, claridad invitación: '¡Sígueme!'; '¡Arrepiéntete!'; '¡Sé limpio!'; '¡Acércate!'; '¡Extiende tu mano!'; '¡Cállate, enmudece!'; '¡Ábrete!'; '¡Taíganlo a mí!'; '¡Venid y ved!'; '¡Sacad agua!'; '¡Levantad la vista!'.

Yo quiero invitarles a descubrir nuevamente las palabras de Jesucristo. No son palabras de un filósofo que habla de Dios y del mundo. Mucho más, son palabras de poder que son válidas hasta el día de hoy. Ellas encendían la fe y confianza de muchos testigos fieles. El consejero espiritual y compositor de canciones Philipp Friedrich Hiller (1699-1769) dijo con agradecimiento: 'Aunque no sienta nada de gozosa confianza, te pido no quites de mí tu gracia, para que me amarre firmemente a las promesas de tu palabra'" (Lea Jn.8:51; 10:27; Mt. 11:28; 28:20; Lc. 11:28.)

Día 10

Sal. 119:92; Jer. 15:16

La tristeza, los problemas y los ataques de diferentes maneras son parte de este mundo caído y moribundo. El salmista conoce esto muy bien. Muchas malvadas intrigas, maquinaciones encubiertas y humillaciones continuas lo llevan al borde de su aguante. "Casi hubiera padecido en mi aflicción." Pero recordando retrospectivamente las situaciones críticas de su vida, él puede testificar: La palabra de Dios me sostuvo.

El salmista no sigue la corriente del mundo: cayendo en el desánimo, en el pesimismo que finaliza en la desesperación. Él afirma su posición en poner atención a la Palabra de Dios y buscando comunión con Él. De este modo puede mirar tranquilo al futuro. Él sabe que Dios es el Señor, quien conoce y determina los detalles de su vida. Dios también pondrá fin a las circunstancias dolorosas y limitará las opresiones.

Esto también tiene valor para cada uno de nosotros. Podemos exponer delante del Señor toda nuestra impotencia. Su respuesta es como la fuerza de un imán, pues la omnipotencia de Dios es atraída por nuestra necesidad y a través de Su Palabra nos otorga consuelo, esperanza y quietud. (Lea 2.Co. 12:9; Is. 40:31; 41:10.13.)

Una recomendación del año 1780 no ha perdido su actualidad: „Leed todos los libros de este mundo que ofrecen consuelo sin la palabra de Dios y ved si os consuelan y tranquilizan sus corazones opacos. ¿Queréis recibir en las tristezas, temores, pruebas y finalmente en la muerte, verdadera consolación? Solo en la Palabra de Dios lo hallaréis sin dudas; felices vosotros si las escuchastéis y aprendistéis a guardarla con fe en vuestros corazones” (Dr. Burschern).

Busquemos nuestra fuerza en la Palabra de Dios. Él nos promete: “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt. 28:20).

Día 11

Sal. 119:93; 2.Ts. 2:15-17

¡Cuán fuerte debe haber sido la consolación que el salmista recibió de la palabra de Dios que haya tomado una determinación tan amplia: “Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos, porque con ellos me has vivificado”.

Alguien comenta: “Hace poco experimenté algo similar de lo que cuenta el salmista. Mi atención fue atrapada por un cartel muy rojo. Con grandes letras de color blanco se podía leer: Dios no se ha olvidado de nosotros. Al lado en color amarillo se leía: ‘Yo estoy contigo’; ‘Yo no te dejaré, ni me olvidaré de ti’; ‘Aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se cambiará en gozo’; ‘el Señor es mi pastor, nada me faltará’; ‘Nunca me olvidaré de vosotros’; ‘No te dejaré, ni te abandonaré’. Yo leía estas promesas varias veces y las absorbía como agua muy fresca de un manantial. La presencia de Dios me parecía estar muy cerca y palpable a través de estas afirmaciones. Aunque el mundo parece dar vueltas demasiado rápidas y que uno se puede marear, junto a Dios hay un lugar tranquilo para nuestra vida”. (Lea Mt. 11:28.29; Éx. 33:14; Sal. 131:2; Pr. 1:33.)

Si estamos tranquilos junto a Él, la luz de Su presencia iluminará completamente nuestro corazón. Entonces los temores y preocupaciones pierden su influencia y su poder sobre nuestros pensamientos. Dios mismo nos habla por medio de Su Palabra y nos regala nuevo gozo, esperanza, perdón y profunda paz, cuyos resultados no nos podemos imaginar. Dios no nos ha olvidado, ni nos ha abandonado.

Día 12

Sal. 119:94-96; 23:1-6

“Tuyo soy yo, sálvame, porque he buscado tus mandamientos”. En primer lugar el salmista aclara que tiene una firme posición junto a Dios: “¡Yo soy tuyo!” Esta pertenencia le da firmeza y amparo en los diferentes desafíos de su vida. Esto es un firme sostén.

David describe algo similar: “Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido” (Sal. 63:8). De esta manera expresa la íntima e inseparable relación entre él y su Dios. También para Josué en su vida personal, como para la de cada israelita era muy importante esa comunión con Dios. Ya muy anciano exhorta a los líderes del pueblo seguir fielmente al Señor, como lo habían hecho hasta ese momento. De esta manera experimentarían también más adelante la guía de Dios y Su bendición. (Lea Jos. 23:6-13.)

Jesús mismo ha prometido a aquellos que le pertenecen: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:27-29).

Porque el salmista reconoce la fidelidad y veracidad de su Dios, se dirige a Él con su ruego de auxilio, nosotros podemos hacer lo mismo. Si lo acusan falsamente o sus adversarios lo quieren hacer callar y arruinar su vida con sus mentiras, él busca a su Dios. Lo mismo hace el rey Josafat en una situación sumamente crítica, esto se puede leer en 2.Cr. 20:1-30.